

muerte. Quien hubiera dicho que el amor que nos tuvimos tan poco había de durar. Pero ya que nada se puede hacer, no llores ni te apenes más.

ELICIA.— Es que no comprendes mi pena, ¿ A dónde iré ? He perdido madre, abrigo, mesa y amigo. ¡ Malditos Calixto y Melibea que han causado esas muertes. ¡ Qué la felicidad que hoy tienen se convierta en dolor !

AREUSA.— Creo que puedo ayudarte.

ELICIA.— ¡ Ojalá pudieras !

AREUSA.— Yo sé cuándo, dónde y a qué hora se ven. ¡ Centurio ven aquí.

CENTURIO.— (ENTRA) ¿ En que puedo servirte ?

AREUSA.— Quiero que me vengas de un caballero llamado Calixto.

CENTURIO.— ¿ Esta confesado ?

AREUSA.— No te apure su alma. Esta noche lo matarás.

CENTURIO.— No me digas más. ¿ A dónde va, a qué hora y quiénes lo acompañan ?

AREUSA.— Dos criados.

CENTURIO.— Poca presa, mejor iré a otro negocio en donde mi espada estaba concertada.

AREUSA.— ¿ Tienes miedo ?

CENTURIO.— Si mi espada hablara, le faltaría tiempo para contar todo lo que he hecho. Desde hace veinte años que me da de comer, gracias a ella soy temido por los hombres y adorado por las mujeres.

AREUSA.— No hables de hazañas. ¿ harás lo que te hemos pedi-

CENTURIO.— Ya deseo que llegue la noche para complacerte, para que te sientas vengada. ¿ Qué clase de muerte quieres que le dé ?

ELICIA.— Areusa, no pongas, por favor, este asunto en manos tan fieras, que puede ser más el escándalo

AREUSA.— Calla, diremos alguna que no cause mucho alboroto

CENTURIO.— Las formas que ahora uso son espadaos sin sangre o agujero a puñaladas, tajo largo, estocada temerosa. Algunas veces para descansar la espada doy muerte a palos.

ELICIA.— ¡ Eso ! ¡ Dale palos para castigarlos ! No lo mates.

AREUSA.— Hermana no nos toquemos el corazón. Que lo haga como quiera. Centurio mátalos como se te antoje. Que Dios bendiga tu mano a el te encomiendo. Nosotros nos vamos. (SALEN LAS DOS)

CENTURIO.— Dios te guíe. Ahora debo pensar como excusarme de lo prometido, de manera que no piensen que no quise cumplir. Llamaré a Tarso, el cojo, y a dos de sus amigos para que ellos se encarguen de este negocio, que yo estare ocupado en otro más importante. No arriesgaré mi pellejo por dos mujerzuelas resentidas.

JARDIN DE MELIBEA

MELIBEA.— Ya tarda el caballero que esperamos ¿ Por qué crees que deba ser su tardanza ?

LUCRECIA.— Que es justo lo que le impide venir.

MELIBEA.— Que lo aguarden los angeles; pienso muchas cosas que pudieron acontecerle de su casa a la mía. ¿ Habrá sido detenido por alguna ronda de alguaciles nocturnos ? ¿ O acaso los perros, que ninguna diferencia saben, lo habrán mordido ? ¿ o acaso cayó en algun calzado u hoyo causándose algún daño ? ¿ Oh, pero que pensamientos mezquinos concibe mi amor ?

LUCRECIA.— No piense en cosa mala para Calixto, piense más cuánto placer causará a él veros. Mirad, aquí

CALIXTO.— ¡ Oh, mi señora ! ¡ Y mi bien toda ! (PONE SU CAPA SOBRE LA BANCA DEL JARDIN Y SE SIENTA MELIBEA).

MELIBEA.— ¡ Oh, deliciosa traición ! ¿ Es mi señor de mi alma ? No lo puedo creer. ¿ Dónde estabas, luciente sol ? ¿ Dónde me tenías tu claridad escondida ? Todo es hermoso en este jardín con tu presencia.

CALIXTO.— Señora mía no quisiera que amaneciera jamás para gozar de la noble conversación de tus miembros.

MELIBEA.— Señor, yo soy la que gozo, la que gano. Tu con tu visita, me haces inigualable merced.

VOCES FUERA DE ESCENA.— ¿ Así bellacos, venís a sorprender a los que no os temen ? Aguardad un momento para que os marcheís como merecen.

52

CALIXTO.— Señora, es sosia un criado mío, quien da voces. Déjadme ahora ir a verle no vayan a causarle daño que no está con él sino un pajecito. Dame mi capa que está debajo de tí.

MELIBEA.— No por ventura, no vayas sin tu coraza.

CALIXTO.— Señora lo que no hace espada, capa y corazón no lo hace nada.

VOCES.— ¿ Vuelven ? Pues tomen su merecido.

CALIXTO.— Déjadme, señora que iré por la escalera.

MELIBEA.— ¡ Oh, por compasión ! Como vas tan de prisa y desarmado a meterte en una pele de desconocidos. Lucrecia, ven rápido que mi Calixto ha ido a una trifulca.

(ENTRA LUCRECIA Y ESCUCHA)

VOCES.— Señor, deténte, no bajas. Ya se marcharon. Eran

Tarso el cojo y otros bellacos. ¡ Señor, detente de la escalera !
¡ Señor !

CALIXTO.— ¡ Oh, Santísima Virgen María ! ¡ Me caigo ! ¡ ay confesión !

VOZ.— ¡ Aprisa, ven que mi amo Calixto ha caído de la escalera.

OTRA VOZ.— ¡ Señor señor ! ¡ Oh, está muerto !

LUCRECIA.— Señora escucha ¡ Qué gran desgracia !

MELIBEA.— Oh, mi Dios ¿ Es verdad lo que escuchan mis oídos ? ¡ Ayúdame Lucrecia, quiero subir a la escalera para ver mi dolor ! ¡ Ayúdame si no, creo que hundiré con mi llanto la casa de mi padre ! ¡ Oh, mi dicha y gozo todo ha terminado ! ¡ mi alegría se ha convertido en nada ! ¡ Oh, Padre, padre mío !

PLEBERIO.— (APARECE) Hija mía, que haces alla sola ? ¿ Qué quieres decirme ?

53

MELIBEA.— Padre mío, no vengas que si lo hicieras no podría decirte lo que quiero. Pronto serás lastimado con mi muerte. Ha llegado mi fin. Ha llegado mi alivio y tú pena. No necesitas nada para calmar mi dolor, sino campanas que doblen mi muerte. Pero antes quiero que escuches la causa de mi partida. ¡ No me detengas ni preguntes nada más de lo que voy a decirte ! Escucha mis últimas palabras, desde hace muchos días, padre mío, penaba de amor por un caballero llamado Calixto. Tanto deseaba mostrarme su amor que se valió de una mujer llamada Celestina para mostrarme su secreto amor. Vino esa mujer y descubrió mi pasión en mi pecho. Vencida por el amor, díle entrada a ese caballero en mí pecho. Vencida por el amor, díle cabida en mi casa. Esta noche cuando vino a verme, una trifulca en que se vieron envueltos sus criados, llamó su atención y al ir presuroso a prestarles auxilio, puso un pie en el vacío al bajar la escalera y cayó. ¡ Muerto ! quedó sin confesión ¡ Muerta mi esperanza, muerta mi compañía. Sería gran crueldad que habiendo muerto él despeñado siguiera yo con vida, su muerte llama a la mía, con tal fuerza que la pide inmediatamente e igual a la suya, para seguirle en todo. ¡ Padre mío, te ruego, si me has amado en esta vida, que nuestras

tumbas sean juntas. Saludame a mi querida y amada madre y explícale mi razón por la que muero. Dios te bendiga a tí y a ella. A El ofrezco mi alma. (SE ARROJA AL VACIO)

MELIBEA.— ¡ No ! ; no ! ; hija mía ! ; Melibea ! ; Oh Melibea ! Más dignos de sepultura eran mis sesenta años que tus veinte. ¡ Oh vida de congojas y sufrimientos ! ; Oh, mundo , laberinto de errores; nos seduces con el manjar de tus deleites; mucho prometes y nada cumples; mucho nos dejas correr por entre las sendas del vivio, a rienda suelta. Qué gran lección has dejado a este viejo en pago de tan largo servicio. ¡ Oh, matar a quienes te buscaban. No sé si hieres con hierro ni si quemas con fuego. Dejas sana la ropa, solamente lastimas el corazón. ¡ Oh, maldito mundo, si no me hubieras dado la vida no habría engendrado a mi hija Melibea. ¡ Oh, mi hija destrozada ! ; Por qué nos dejaste a tu madre y a mí penando ?.

54

TEMA IV

Antecedentes de la Novela

Los orígenes de la prosa castellana se remontan al siglo XIII cuando Alfonso X El Sabio, rey de vasta cultura, hizo reunir a un grupo de sabios y mediante la Escuela de Traductores de Toledo mandó traducir textos árabes y judíos.

Su trabajo sirvió para fundir las culturas clásica, hebrea, árabe y cristiana. Su período fue de gran actividad literaria.

Se tradujeron fábulas y apólogos orientales conocidos con el nombre de Calila e Dimna basados en el Panchatantra hindú y una colección de veintiseis narraciones conocidas como El Sendebár, entre otros libros.

Inspirado en los apólogos, el Infante Don Juan Manuel escribió su libro El Conde Lucanor en 1335, que es considerado como la primera fuente de la novela moderna y el primer libro de cuentos originales escritos en castellano, a su autor se le considera como el primer intelectual del siglo XIV.

El libro está compuesto por 51 narraciones cuyos temas son fábulas clásicas y orientales y tradiciones medievales. El libro se inicia con un consejo que el Conde Lucanor pide a Patronio, su preceptor, quien le narra un cuento que le sirve de modelo para la solución de un problema, del cual se infiere una moraleja. Ejemplo. “ De lo que le aconteció a un mancebo que casó con mujer brava ”.

Estos temas fueron utilizados por autores posteriores españoles y europeos.

Juan Ruíz, conocido como El Arcipreste de Hita, fue también quien sentó las bases de la novela de tipo picaresco. El libro del buen amor es una colección de cuentos, fábulas y ejemplos cuyo tema es “ contraponer el buen amor, el amor espiritual a Dios, con el “ loco amor ”, el amor humano, describió como vivían los hombres de su tiempo siendo él mismo el protagonista.

Alfonso Martínez de Toledo escribió El Corbacho, colección de sermones populares de intención satírica que sirvieron de antecedente a la Celestina y al Lazarillo de Tormes.

La Novela.—

En los siglos XV y XVI se le llamaba novela a la obra imaginaria escrita en prosa, estructurada en forma estética y cuyo objetivo era deleitar a los lectores, (características que prevalecieron hasta el siglo XIX).

Durante estos siglos continuaron las colecciones de cuentos pero el arte de narrar cambió con el gusto de la época, surgieron nuevas formas, siendo las principales las siguientes:

- a) La novela sentimental,
 - b) La novela de caballerías,
 - c) La novela pastoril,
 - d) La novela histórica,
 - e) La novela picaresca.
- a) La novela Sentimental.

A mediados del siglo XV se iniciaron relatos de enamorados donde se destacó la descripción psicológica de los personajes. Es una novela de tipo cortesano y relata solo la emotividad, la lealtad y el sufrimiento de los amantes.

55